

ARQUITECTURA

ORGANO OFICIAL DE LA
SOCIEDAD CENTRAL DE
ARQUITECTOS.

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PRÍNCIPE, 16

AÑO IV

Madrid, julio de 1922.

NÚM. 39

S U M A R I O

JARDINES DE ESPAÑA

R.....	Ingreso.
JAVIER DE WINTHUYSEN.....	Jardines clásicos.
AZORÍN.....	Jardines de Castilla.
J. C. N. FORESTIER.....	Jardines andaluces.
SANTIAGO RUSIÑOL.....	Los Cármenes de Granada.
LARRA	Jardines públicos.
LEOPOLDO TORRES BALBÁS.....	Los jardines de los claustros.
	Libros, revistas, periódicos.

I N G R E S O

«La primera cosa que cada señor hace en Turquía es un jardín, el mayor y mejor que puede, con muchos cipreses dentro, que es cosa que mucha usan.»

Cristóbal de Villalón, *Viaje de Turquía*.

Audazmente el hombre civilizado trata de sujetar la Naturaleza a su particular sensibilidad de cada momento, a sus gustos y aficiones. Consiguelo sometiéndola a la domesticidad en los jardines. Y con ello, prepárase trozos de Naturaleza en servidumbre en los que, unas veces, siguiendo siempre el gusto de la época, se ordenan plantas, árboles y flores según una disposición geométrica y tiránica, y otras agrúpanse en un desorden pintorescamente arbitrario. Conforme a esos dos cánones pueden clasificarse las diversas clases de jardines europeos: clásicos y románticos, disciplinados y arbitrarios, regulares y pintorescos.

De todos ellos se ocupan multitud de obras, habiéndose estudiado y reproducido innumerables veces: jardines italianos, en los que la arquitectura renueva su prestigio al acompañar a la Naturaleza; jardines franceses, de magníficas pers-

pectivas e incomparable majestad; parques ingleses, de arbitrariedad tan ordenada...

Evocándolos, ocurre preguntar cómo son los jardines inexplorados de nuestra España.

* * *

Son los jardines españoles creaciones puramente meridionales. El temperamento práctico de las gentes de la costa norte y sus condiciones de vida, fueron poco favorables al desarrollo de ese arte sutil, propio de civilizaciones muy refinadas. Las regiones secas, de clima extremoso, que forman el núcleo central de nuestro país, no han sido tampoco tierra fértil para su desarrollo. Pobre el suelo, escasa el agua, seco y rudo el espíritu de las gentes, desdeñador de todo lo superfluo, de todo lo que suponga refinamientos artísticos y goces sensuales, Castilla no dió flores. Los grandes jardines que en ella existen o han existido — y de los cuales va a hablar en estas páginas un hombre que los siente con espiritual amor, Javier de Winthuysen — son, como las grandes catedrales, obras exóticas, creaciones importadas de reyes y magnates, gentes éstas siempre atentas a modas y usos extranjeros. Bastantes de aquéllos, trazados en épocas de esplendor, han sufrido luego de este abandono que va usando todas las cosas pretéritas de nuestra patria, amontonando ruinas sobre ruinas.

Si perecen diariamente tantos viejos edificios de gruesos muros, ¡cuál habrá sido la suerte de los antiguos jardines, obras frágiles y efímeras que no pueden persistir sin una atención celosa y un amoroso cuidado! Un viejo y rugoso ciprés, fragmentos de piedras labradas, algunos mirtos, la rota taza de mármol de una fuente, son todo lo que resta de muchos antiguos vergeles, corrales hoy secos y polvorrientos: jardines ducales de la Abadía y de Piedrafita, del palacio de Cadalso de los Vidrios, de tantas otras mansiones.

Pero los verdaderos jardines castellanos son los descritos en estas páginas por Azorín, el gran exégeta de Castilla: los huertos reducidos y cerrados de los claustros y patios de conventos, catedrales, colegiatas, palacios y hospitales, lugares de melancólica belleza cuya hora propicia es la del atardecer, cuando los vencejos irrumpen en el aire con sus innumerables giros.

Contrastan con estos jardines castellanos, tan melancólicos, los andaluces. Al sur y al levante de nuestra patria hay una raza amante de las cosas superfluas que adornan la vida y, entre ellas, de las flores, que en su suelo fecundo prodúcen maravillosamente. Llenas están casas y patios; ennoblecen las viviendas más humildes, adornan ventanas y balcones, ponen una nota viva y delicada en el cabello de las mujeres, y, en pequeños recintos familiares cercados de altas tapias, agrúpanse en vergeles de inolvidable belleza.

Tal vez la característica primordial de estos jardines andaluces sea su particular intimidad. Casi todos los que se citan del renacimiento para acá — los italia-

nos, los franceses, los ingleses... —, son jardines de aparato destinados a realizar una mansión, en los que se sujeta a la Naturaleza a decir la magnificencia de sus propietarios, de igual manera que los palacios a que acompañan. Destinados a la vida social, disfrutan de ellos multitud de gentes.

El jardín andaluz, en cambio, reducido, cercado por alta tapia de la cual sobresalen los agudos vértices de sus cipreses, es un jardín íntimo, destinado tan sólo al puro deleite de su propietario. Todo él es intimidad; sus rincones están dispuestos para el goce sensual que el agua, las flores y la luz proporcionan a su dueño. La gente de fuera, los que no habitan la casa, no tienen nada que hacer en el jardín, y éste es una dependencia de la vivienda, tan recatada, tan íntima como la que más.

Ello explica el fracaso de los que quieren hacer grandes parques a la andaluza; tan sólo es esto posible subdividiendo el terreno en numerosos y pequeños jardines, aislados unos de otros. Y téngase en cuenta que al quitar al jardín andaluz las altas tapias que lo limitan, se le quita parte considerable de su fragancia e intimidad, y de ello sufren.

* * *

La moda actual impone en España por todas partes los jardines andaluces. Multiplicanse en Madrid, patrocinados por el Municipio; se hacen en climas secos y fríos, en regiones húmedas, aun entre el granito del Guadarrama. El azulejo, olvidado durante tantos años, despreciado como pariente demasiado humilde, ha llegado a ser la obsesión artística de nuestra burguesía. Todo el mundo quiere tener en su casa algunos azulejos, ya sea en una chimenea, en un banco, en un pavimento, o sencillamente dibujando una santa imagen en un muro. La multiplicación de estas representaciones, a las que suele acompañar un farolillo de infundadas pretensiones estéticas, podría hacer creer en un recredecimiento piadoso. Sin embargo, nada más lejos de la realidad; ello tiene que ver en todo caso con nuestro esnobismo artístico, nunca con nuestra piedad.

Los jardines andaluces son una de las creaciones más bellas del arte de la jardinería; los azulejos y cerámica esmaltada constituyen un admirable elemento de decoración. Pero son inseparables del clima de Andalucía, de su sol, de su luz, del espíritu de sus gentes. Transportados a tierras septentrionales, no se consigue crear más que ridículas parodias; si los azulejos no pueden brillar al sol cegador de las tierras meridionales, aménquese en gran parte su belleza decorativa. Y sin las flores de perfume intenso y color subido, sin que el agua adquiera todo su valor expresivo al ser escasa y estar celosamente aprovechada, sin el ambiente cálido, que le envuelve, el jardín pierde lo más íntimo y profundo de su encanto.

Con harta frecuencia olvidamos hoy día que es irracional la moda artística que desacata las leyes naturales, y que unificar nuestras costumbres, nuestros trajes, nuestras casas y hasta nuestros jardines en todo el mundo, es empeño vano.

Impónese lo lejano y exótico; triunfa lo que desconocemos. Nada más difícil que ver la belleza de las cosas que nos rodean, que salen a nuestro encuentro en

todos los momentos de nuestra vida. Allí están las encinas, de tan severa belleza, poblando los montes que rodean a Madrid, los negrillos castellanos, los altos álamos, que montan guardia de honor en las carreteras. Estos árboles, nuestros amigos de todos los días, están proscritos de los jardines madrileños. Pero, en cambio, hay verdes prados de climas húmedos, flores que se agostan al sol de la meseta, palmeras que durante todo el invierno aparecen encapuchadas con paja para que no se hielen, y bajo ese manto aguardan pacientemente a descubrirse en una fugaz primavera, más tristes que aquella otra solitaria con la que soñaba el abeto del norte en la canción del poeta germánico.

R.

